

I

SOBRE su nariz de águila llevaba colgados sus lentes don Abilio, igual que dos relucientes gotas de pasmo.

Se veía que nunca iban seguros y que hacían un ejercicio absurdo sobre su nariz, temblando en un equilibrio inestable, feroz, torcidos hacia un lado como si las corrientes de las miradas les empujasen.

Don Abilio, para colocarse los lentes, no recurría a las dos manos, sino que se los montaba sobre el caballete con un gesto de hacha, dándoles intrépido aire de jinetes que se montan de un salto a horcajadas de la nariz.

¿Que le presentaban un escrito? Pues el magistrado cercenaba la nariz con sus lentes temblones. ¿Que le presentaban una cuenta? Pues otra vez el gesto de acuchillar el dátil de la nariz con la daga de los lentes.

Ese equilibrio inestable de los lentes de don Abilio hacía que siempre estuvieran en el suelo, donde sus cristales se rompían en minúsculos pedacitos de hielo, como resquebrajaduras de aquella impasibilidad que caracterizaba al magistrado.

De todos los pavimentos recogía el magistrado la pequeña bicicleta de acero de la montura desecristalada y con gesto de cólera blanca miraba si habían sido los dos o uno solo los escarmentados.

Si aquella tarde de cristales rotos o rajados era tarde de sentenciar, todos las sentencias eran condenatorias porque su alma iracunda no estaba para absoluciones al mirar por el cristal roto.

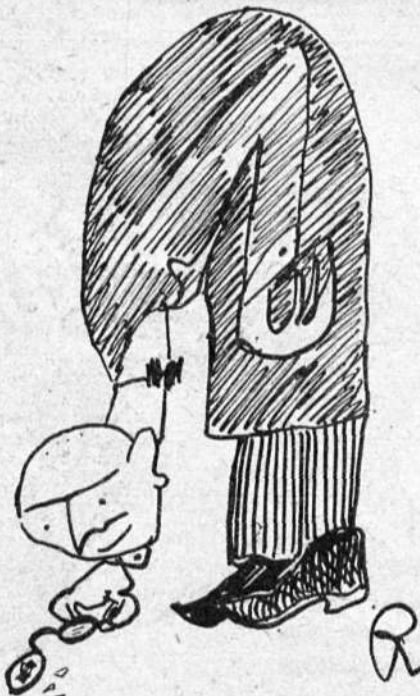
II

DESPERADO de tanto gastar en ópticos y pensando que ya había consumido más de dos lunas de tienda grande, repartida en pequeñas recortaduras, se decidió a ir al oculista para ver de solucionar aquel despilfarro en cristales.

El doctor le dijo:

— Use usted gafas.

— Doctor — contestó entonces secamente don Abilio, — no he venido a usted para que me diese tan descontenta solución... Usted debe sa-



R A M O N I S M O
 LOS LENTES
 A TORNILLO

P O R

R A M O N G O M E Z
 D E L A S E R N A

E S P E C I A L P A R A "C A R A S Y C A R E T A S"



ILUSTRACIONES DEL ESCRITOR

ber que cuando se han elegido unos lentes y se han pasado los cincuenta años nos aferramos a la forma consabida de su montura... Sólo los hombres sin verdadera entereza cambian de oquiales...

— Entonces, ponga a sus lentes una cadenita que los enganche a la oreja, y así los preservará de la caída.

— Doctor, eso cambia la fisonomía tanto como las gafas, y hasta da un carácter pusilánime a la fisonomía... Mi notoria fama de rectitud y valor no me permitiría jamás usar esas cadenitas temblorosas.

— Entonces — dijo el doctor, — sólo se podría intentar una operación muy difícil, por la cual le serían atornillados los lentes a la nariz...

— Me parece muy bien eso, pero sólo consentiré en ella si no se me aplica cloroformo.

— Está usted tranquilo.

III

DON Abilio sufrió la operación con estoicismo de magistrado que, si bien sabe matar, sabe también morir.

Los lentes inmóviles sobre su nariz le daban tipo de lentes injertados y ya tenían más de ojos que de lentes.

La mirada de lince del magistrado era como más aguda y afilada gracias a esa rigidez de los cristales atornillados, y daba más miedo que nunca aquel hombre como recompuesto y mezclado de auros y cristales.

Don Abilio se creía ya encristalado para la eternidad, cuando de pronto comenzó a sentir un olor a acero que no le dejaba vivir.

Nada que ponga más nervioso que el olor a acero, y ya aquel sentenciador era como una guillotina, llegando a querer sentenciar a muerte a los ladronzuelos, como sólo sucede en los casos excepcionales en que se ha declarado una epidemia o un terremoto.

Todas sus ideas eran acerradas y no paraba en su casa ninguna criada.

Tanto apretó en don Abilio el olor a metal, tan irresistible llegó a ser, que volvió a casa del oculista para que le desatornillase los lentes irrompibles.